

DIVAGACIONES POLITICAS

EL SARGENTO POLITICO

Por el Dr. Raoul Alfonso Gonsé

EL sargento político se ha hecho ya un tipo clásico nacional. Se habla de él y se le considera como un valor entendido en nuestra política. El serlo no requiere título, ni estudios previos, ni siquiera experiencia. Basta que un buen ciudadano, falto de otra profesión o empleo, quiera atribuirse, para que así sea considerado.

El sargento político es el contacto entre el candidato y la masa electoral. Entre ese candidato que se codea con las masas sólo en período electoral y esa masa que explota al candidato en los momentos de zafra política. Si bien el sargento político y la masa que atraen no son necesariamente imprescindibles a los candidatos para salir electos, por su número y por su cuantía actual, pesan ya en la elección. Son contacto, aglutinante circunstancial. Vulgarmente se les considera como corredor de votos, técnicamente como agente electoral.

Para ser sargento político de verdad y tener relativo éxito en el oficio hacen falta cualidades específicas: vivacidad, locuacidad, atracción personal y ser algo mendaz. Un sargento político taciturno, silencioso, pesado y veraz es un fracaso. No puede tener miedo a las sanciones del Código Electoral. A todo tiene que estar dispuesto por el candidato y servirle lo mismo para un roto que para un descosido. A fuerza de palos y sinsabores avanza en su carrera.

Como todos los hombres no son iguales, entre los sargentos políticos hay su clasificación.

Atendiendo a su experiencia, se dividen en palomas y linceas. Las palomas son los neófitos, los poco habituados. Tiene cierta pena a las máculas electoreras, generalmente se embarcan con candidatos derrotados de antemano. Dan carreras en balde y gastan saliva por gusto. Los linceas van al grano. Escogen con sumo cuidado su candidato. Son efectivos. Conocen todos los recobecos de las triquifuelas electorales. No pierden su tiempo.

Atendiendo a los resultados que obtienen, se pueden dividir en cuentistas y positivos. Los cuen-

tistas son consuetudinarios historiadores de sí mismos, de sus mazañas electoreras, del electorado que controlan y de los votos que aportan. Al final mucho ruido y pocas nueces. El positivo, es la niña bonita de los candidatos. Hasta rehuye que lo conozcan como sargento político. Labora en tiempo muerto, al igual que en período electoral, haciendo favores al electorado de su barrio. No se engaña ni se equivoca en cuanto a la cuantía de su fuerza política. Al final, votos más o menos, cumple sus compromisos.

Si se atiende a su actuación, hay que clasificarlos entre rollos y serios. Rollo es el guapo, el guardaespaldas. Ostenta como divisa que no hay derecho sin fuerza. Tiene antecedentes penales y cuando llega el momento, se la juega. El serio se aparta de toda violencia, su fuerza política está en su imaginación y en su labia, no en sus puños. Es frío, desapasionado. Ambos tipos son necesarios en el gang electorero.

Por último, atendiendo a su costo, la sargentería política puede dividirse en picadores y comerciantes. El picador vive al día. Lleno de sinsabores, sale al alba en busca del mendrugo. Es ingenioso. Tiene en cartera cuentos variados, como el del familiar enfermo, el del desahucio, etc. Come a varios carrillos, es decir, subdivide su fuerza política, aunque sea infinitesimal, entre varios candidatos. El comerciante no pica. Hace negocio. Cumple religiosamente sus compromisos, para tener crédito. Los candidatos saben que le pueden confiar su plata. Viste bien. En la mayoría de los casos, tiene sus ahorritos. Por lo general es empleado del Estado, la Provincia o el Municipio, y no es botellero, concurre a su oficina.

El sargenterismo político es una cuasi profesión. Aunque hay sus excepciones, constituyen los militantes mercenarios de la política. En su casi totalidad, se caracterizan por falta de ideología. Ven en la política no la función ciudadana, sino la manera de vivir. Y viven....

at 11/43

M, at 11/43

